

## EL SACERDOTE ABRIENDO CAMINOS DE ESPERANZA

### Carta a los sacerdotes en la Misa Crismal 2004

Al reunirme con vosotros en este día entrañable para todo el Presbiterio Diocesano, en que celebramos la Misa Crismal, permitidme decir ya en el mismo inicio de mis palabras, la razón fundamental por la que estamos llamados a abrir caminos de esperanza: *“Con el sacerdocio ministerial, por la acción del Espíritu Santo, estamos unidos sacramentalmente al Hijo, enviado por el Padre como sumo sacerdote y buen pastor. La vida y el ministerio del sacerdote son continuación de la vida y de la acción del mismo Cristo. Esta es nuestra identidad, nuestra verdadera dignidad, la fuente de nuestra alegría, la certeza de nuestra vida”*(PDV 18). Así entendemos mejor el Evangelio que hoy proclamamos y que nos llama a seguir entregando la Buena Noticia que es la que trae y abre caminos de esperanza. A menudo nos entretenemos en cuestiones que son secundarias para nuestra vida y la vida de todos los hombres, pero seamos serios y vayamos a la raíz de la cuestión. En una cultura, que hace el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo, nosotros los sacerdotes, por las razones aducidas anteriormente, no podemos olvidar lo que en verdad somos, *“continuación de la vida y de la acción del mismo Cristo”*(PDV 18). Abramos caminos de esperanza reales desde nuestro propio ministerio, pues sabemos que el olvido de Dios, necesariamente conduce al abandono del hombre y por ello a todos los nihilismos, relativismos, pragmatismos, hedonismos, que van configurando la existencia diaria del ser humano. Tengamos esta seguridad, ningún ser humano puede vivir sin esperanza. Por eso, con todas nuestras fuerzas, presentemos a todos los hombres a quien es fuente de esperanza, Jesucristo. No tengamos miedo, Jesús está presente, vive y actúa en su Iglesia, Él está en la Iglesia y la Iglesia está en Él. Toda mi reflexión sobre “el sacerdote abriendo caminos de esperanza”, va a tener como transfondo el texto de Jn 21.

#### **1. Descubramos donde sustentar nuestro ministerio para abrir caminos de esperanza:**

Sustentado en nosotros no se abren caminos de esperanza. Hay un camino, por el cual, una vez que se entra en él, no hay posibilidad de dar esperanza. Es un camino sin salidas, ni para uno mismo, ni para los demás. El relato que nos hace el Evangelio de San Juan es suficientemente expresivo, para entender esa situación en la que por nuestra manera de vivir el ministerio, no damos esperanza: *“Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le contestan ellos: También nosotros vamos contigo. Fueron y subieron a la barca, pero aquella noche no pescaron nada”*(Jn 21, 2-3). ¿Qué estaba pasando? Que su ministerio no estaba viviéndose desde donde tiene que hacerse: estaban juntos, pero desconectados entre ellos. Estaban juntos, pero por necesidad y no por amor. Y por eso la noche, el malestar, los malos entendidos, el cansancio y el frío, el trabajo inútil de echar las redes en vano. Y así llega la frustración a sus vidas, el desánimo, el desaliento, la falta de esperanza. En esta situación de desligación de los otros, de falta de unidad y comunión, solamente están juntos y sin más motivos que la necesidad, no se abren caminos de esperanza.

Sustentado en Cristo, se abren todos los caminos para la esperanza. Hay otro camino inmensamente más realizador, que es estar juntos, pero abiertos a la presencia del Señor y dejando entre nosotros sitio al Señor: *“Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Díceles Jesús: muchachos, ¿no tenéis pescado? Le contestaron: No. Él les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, pues, y ya no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: Es el Señor. Cuando Simón Pedro oyó es el Señor, se puso el vestido - pues estaba desnudo - y se lanzó al mar”*(Jn 21, 4-7). Dejando ese sitio al Señor en medio de

nosotros, es cuando amanece, cuando reanima, cuando aparece la esperanza, cuando se recompone la verdadera unidad y el sentido profundo de la convivencia, cuando se construye la comunidad y adquiere fuerza y entusiasmo. Dejar que sea el Señor quien dirija nuestra vida, cuando no tenemos orientación para la misma, que sea Él quien diga la palabra oportuna, *“echad la red”*, es lo que da aliento, seguridad, paz y esperanza. La situación histórica en la que vivimos es un momento impresionante para dejarnos orientar por el Señor, para acoger su presencia alentadora, para dejar que se oiga su voz. Precisamente la falta de vinculación entre nosotros surge cuando estamos solamente vinculados por nuestras fuerzas, opiniones, tareas. La comunión aparece y se engrandece, cuando es el Señor quien dirige todas las cosas y cuando es Él quien crea y recrea la unidad de corazones. Solamente esta situación es creadora de esperanza y capacita para abrir nuevos caminos de esperanza. Es en esa confesión preciosa de *“es el Señor”* donde podemos sustentar solamente nuestro ministerio de pastores que abrimos caminos de esperanza.

## **2. Descubramos la grandeza de nuestro ministerio en estos momentos históricos en los que necesita el ser humano esperanza:**

La misión confiada por Jesús a los Apóstoles debe durar hasta el fin del mundo (cf. Mt 28, 20), pues el Evangelio que se les encargó transmitir es la vida para la Iglesia de todos los tiempos. La especial efusión del Espíritu Santo que recibieron los Apóstoles por obra de Jesús resucitado, ellos la transmitieron a otros y éstos últimos a otros más. Así, de esta manera, el don espiritual de los comienzos ha llegado hasta nosotros mediante la imposición de las manos, que otorga el Sacramento del Orden. De ahí que el sacerdote, es decir, cada uno de nosotros, actuando en persona y en nombre de Cristo mismo, en comunión con su Obispo, se convierte para la Iglesia confiada a él, en un signo vivo del Señor, Pastor, Esposo, Maestro y Pontífice de la Iglesia. Aquí está la fuente del ministerio pastoral y desde la que ejercemos esas tres funciones de enseñar, santificar y gobernar al Pueblo de Dios con los rasgos específicos del Buen Pastor. Unos rasgos preciosos y que podrían identificarse con la caridad, el conocimiento de las personas que el Señor pone a nuestro lado, la permanente solicitud por todos los hombres, el vivir con entrañas de misericordia para todos y muy especialmente para con los más pobres e ir en búsqueda de aquellos que están fuera.

Si esta misión es apasionante vivirla siempre, mucho más en estos momentos en que las divisiones de la sociedad que son consecuencia de egoísmos personales o de grupo, tienen unas manifestaciones evidentes entre nosotros. El mundo no puede estar dividido y enfrentado. Los hombres tienen que ser una familia. Y en la realización de esa unidad y de esa única familia, estamos nosotros con la fuerza sola y exclusiva de Jesucristo. Hay que recrear la unidad, a pesar de las divisiones culturales, de divisiones norte-sur, emigrantes e inmigrantes, de las desconfianzas de unos y otros, de las oposiciones y celos. Es posible la unidad y la construcción de una familia. Y eso solamente lo puede hacer y decir Jesucristo. Nosotros sacerdotes de Jesucristo, podemos entregar y abrir a los hombres caminos reales de esperanza. No defraudemos a Jesucristo que nos entregó su propia misión.

Realmente la presencia de la Iglesia en medio del mundo, es para recrear la unidad construir la comunión y vivir en la misión. Los sacerdotes tenemos un ministerio de unidad, de comunión y de misión. Nuestro camino espiritual es caminar en la presencia del Señor, solamente así podemos considerarnos verdaderamente ministros de la comunión y de la esperanza para todos los hombres. De tal manera que ha de estar fuera de nosotros toda clase de personalismos, de individualismos de grupo, de oposición de mentalidades y cultura, de divisiones espirituales, de vivir de diferentes eclesiologías creadas por nosotros mismos. Fuera

de nosotros, los miedos, los resentimientos, antipatías, simpatías que brotan por ideas. Nosotros hemos sido configurados por Jesucristo de un modo singular. Y esa configuración es para abrir nuevos caminos, esos que los hombres por sus propias fuerzas no pueden dar. *“Mediante la consagración sacramental, el sacerdote se configura con Jesucristo, en cuanto cabeza y pastor de la Iglesia, y recibe como don una potestad espiritual, que es participación de la autoridad con la cual Jesucristo, mediante su Espíritu, guía a la Iglesia...La autoridad de Jesucristo cabeza coincide, pues, con su servicio, con su don, con su entrega total, humilde y amorosa a la Iglesia...Este tipo concreto de autoridad, o sea, el servicio a la Iglesia, debe animar y vivificar la existencia espiritual de todo sacerdote, precisamente como exigencia de su configuración con Jesucristo, cabeza y siervo de la Iglesia”*(PDV 21).

### **3. Medios que el Señor nos entrega a través de la Iglesia para vivir abriendo caminos de esperanza:**

Hay algunos medios que han sido necesarios siempre para vivir el ministerio y para que éste entregue esperanza, pero que en este momento histórico que estamos son imprescindibles para vivir como sacerdotes en medio de este mundo:

1) Leamos y meditemos asiduamente la Palabra de Dios. Para ser transmisor de la Palabra, hay que ser oyente de la misma.

2) Nuestro alimento cotidiano tiene que ser la Eucaristía celebrada y adorada. Celebrando la Eucaristía diariamente, nos ofrecemos a nosotros mismos junto a Jesucristo. El amor a la Eucaristía, se muestra también en pasar largos ratos delante del Señor en adoración ante el Sagrario.

3) Junto con la Eucaristía celebrada cotidianamente, está la asiduidad en la celebración del Sacramento de la Reconciliación, que tiene un papel fundamental e imprescindible en la recuperación de la esperanza. La experiencia personal del perdón tal y como la Iglesia lo entrega, es fundamental. La incapacidad de reconocerse pecadores, viviendo como si Dios no existiera trae abatimiento. Sin embargo, la capacidad de reconocer los propios pecados en la confesión personal de los mismos seguida con absolución individual revitaliza la esperanza en nuestra vida. De ahí que nuestro ministerio si quiere serlo de esperanza, debe vivirse celebrando en nuestra vida personal este Sacramento y disponiendo nuestra existencia sacerdotal para entregar por este Sacramento el perdón del Señor a los hombres. Ello nos exige una disponibilidad permanente para oír la confesión y hacer gozar del encuentro con la misericordia de Dios.

4)La oración, es decir, ser hombres de diálogo abierto con Dios, será otro medio necesario en nuestra vida. Tenemos que ser maestros de oración para todos los hombres, es decir, maestros en el diálogo con Dios. Especialmente esta oración adquiere una significación especial también en el rezo de la Liturgia de las Horas.

5) Entrar por la práctica de los consejos evangélicos: obediencia, pobreza y castidad. Aquello del Señor debe ser nuestro, había bajado del cielo, no para hacer su voluntad, sino la de Quien le había enviado (cf. Jn 6, 38; 8, 29). También tiene que ser nuestro que la autoridad se debe ejercer desde esa pobreza que se traduce en vivir con una incansable generosidad y una inagotable gratitud. Nuestro amor por la humanidad debe ser de tal calidad que se exprese en ese amar como yo os he amado, es decir, dando todo, ello será como una especie de terapia espiritual para la humanidad y de denuncia de la idolatría de vivir para sí mismo.

6) Hemos de ser animadores de una espiritualidad de comunión y de misión. La carta apostólica Novo millennio ineunte nos dice que el reto que tenemos en este tercer milenio todos los cristianos es *“hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”*(NMI 43). Los sacerdotes tenemos que ser los primeros en comenzar esta tarea, esforzándonos para que sea

uno de los principios educativos de todo nuestro ministerio en todos los ámbitos. Y esto entre otras cosas, quiere decir, alimentar, cultivar y vivir la comunión con el Obispo y entre todos y cada uno de los presbíteros. Os aseguro que en infinidad de ocasiones, el riesgo de soledad y desaliento ante la magnitud de los problemas, está demostrado que se eliminan si se es capaz de recurrir a esos recursos que siempre han sido engendradores de esperanza en la Iglesia, como son la relación abierta y cercana con el Obispo, sabiendo que su ministerio solamente es posible desde esa relación; a la amistad y comunión fraterna con sus hermanos sacerdotes.

7) Vivir esa exigencia intrínseca a nuestra vocación y misión como es la formación permanente. Y es que tenemos necesidad de custodiar con amor vigilante el misterio del que somos portadores para el bien de la Iglesia y de la humanidad. Debe ser una formación que no sólo nos ponga al día de las últimas novedades, sino que fundamentalmente nos capacite a los sacerdotes a vivir el presente con mente abierta y con un corazón compasivo, entregándonos una espiritualidad, una capacitación pastoral, una capacidad para construir la comunidad y vivir la misión, junto con un desarrollo de lo más humano de nuestra vida con lo que ha contado el Señor para hacerse presente a través de nosotros en medio de los hombres.

Con estos medios, la reacción sacerdotal, será el coraje para no dejarnos asumir por una cultura cerrada, sino de apelar a los puntos fundamentales que siempre nos abren más allá de nosotros mismos y que hacen reaccionar ante cualquier situación con esperanza. Sin estos medios, la reacción inmediata será el desaliento, la lamentación, el cansancio resignado y asumir esos males de nuestro tiempo como son ese “no se puede hacer nada” junto con el confusionismo que trae pérdida de coraje evangélico. Y otra reacción quizá, por superar la anterior, es recortar un trozo de cultura y crearnos una isla cultural por procesos ideológicos que convierten a la cultura en la que vivimos en esa cultura en la que cada uno se instala por no aceptar tiempos nuevos que requieren coraje apostólico nuevo y que en nada responden a la cultura y a la situación del momento. El coraje apostólico solamente se da si acogemos la presencia del Señor: *“Cuando ya amaneció, estaba Jesús en la orilla... Cuando Simón Pedro oyó es el Señor, se puso el vestido - pues estaba desnudo - y se lanzó al mar”*(Jn 21, 4. 7). Acoger su presencia es todo un reto para vivir un ministerio sacerdotal con identidad, con coraje apostólico, con capacidad de contagio y de misión.

#### **4. Para abrir caminos de esperanza hay que construir la comunidad tal y como Jesús lo hizo:**

Descubramos cómo hace el itinerario de una comunidad el Señor antes de que salgan a la misión. La Iglesia mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Y para eso cuenta con la Palabra y los Sacramentos, muy especialmente con la Eucaristía, *“de la cual vive y se desarrolla sin cesar”*(LG 26). Construye la comunidad en la Eucaristía. *“Si vosotros sois el Cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros mismos”*(S. Agustín, Sermón 272: PL 38, 1247). Es todo un itinerario de confianza y de comunión: *“Nada más saltar a la tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Díceles Jesús: Traed algunos de los peces que acabáis de pescar. Subió Simón Pedro y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aún siendo tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: Venid y comed. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres tú?, sabiendo que era el Señor. Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; de igual modo el pez”*(Jn 21, 9-13). El Señor les ha preparado a los discípulos todos los instrumentos para la comunión: brasas, pez, pan. Con ello les está diciendo que la comunión y la confianza es un don divino. De tal manera que podemos afirmar que la comunión en el presbiterio, en la parroquia, en un grupo, en la Diócesis, en la humanidad, es un don de

Dios. En la confianza y en la comunión hay una acción de Dios siempre. Por eso, muy a menudo perdemos la esperanza, porque no asumimos esta realidad del don de Dios. Por otra parte, es cierto que algo tenemos que aportar nosotros, eso significa la expresión *“traed algunos peces que acabáis de pescar”*. Aunque el don es del Señor, hay que aportar algún esfuerzo humano. Es primaria la obra del Señor, pero para crear la comunión algo tenemos que aportar nosotros, aunque Dios no necesite de lo nuestro, pero quiere en todo nuestra libertad.

En este itinerario es muy importante la invitación que nos hace el Señor, *“venid a comer”*. Es como decirnos vuelvo a fiarme de vosotros, deseo entregaros la comunión conmigo. Y para ello, nos da de sí mismo. Quiere asociarnos a vivir desde su misterio. En su mesa y con su comida reconstruye la unidad con nosotros y nos capacita para vivirla entre nosotros y entregarla a todos los hombres. Confianza y comunión. *“Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; y de igual modo el pez”*. Nos construye dándose a sí mismo y dándonoslo Él mismo. Nos construye como pueblo y nos lanza a reconstruir este mundo.

En ese *“venid a comer”*, que tiene una fuerza especial y un horizonte único, adquiere su verdadero paisaje el ministerio sacerdotal. ¡Qué expresión tan bella utiliza el Papa Juan Pablo II en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, cuando nos dice “si la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía, se deduce que hay una relación sumamente estrecha entre una y otra”!(EE 26). *“Venid a comer”*. El Catecismo de la Iglesia Católica al explicar como la Iglesia es apostólica, se refiere a un triple sentido de la expresión, nos dice así: 1) “fue y permanece edificada sobre el fundamento de los apóstoles, testigos escogidos y enviados en misión por el propio Cristo...2) “guarda y transmite, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en ella, la enseñanza, el buen depósito, las sanas palabras oídas a los Apóstoles...3) sigue siendo enseñada, santificada y dirigida por los apóstoles hasta la vuelta de Cristo gracias a aquellos que les suceden en su ministerio pastoral: colegio de los Obispos, a los que asisten a los presbíteros, juntamente con el sucesor de Pedro y Sumo Pastor de la Iglesia”(CIC 857).

Pues bien, la Eucaristía expresa este sentido de la apostolicidad. Como nos enseña el Concilio Vaticano II: “los fieles participan en la celebración de la Eucaristía en virtud de su sacerdocio real...el sacerdote realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo”(LG 10). Descubramos que lo mismo que decimos de la Iglesia en el Símbolo niceno-constantinopolitano, que la Iglesia es *“una, santa, católica y apostólica”*, lo tenemos que decir de la Eucaristía, en cuanto que Ella es centro y cumbre de la vida de la Iglesia y de igual manera del sacramento del sacerdocio que nació en el momento de la institución de la Eucaristía y a la vez que Ella.

*“Venid a comer”*, aquí está el fundamento de la comunidad cristiana, de tal manera que *“no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la Eucaristía”*(PO 6). Y para esto, somos necesarios los sacerdotes. De tal manera que podemos decir, que Iglesia-Eucaristía-Ministerio sacerdotal son impensables sin estar unidos desde el fundamento interior que puso quien los instituyó y son inseparables pues no se puede entender el uno sin el otro. Abrir y construir caminos de esperanza pasa necesariamente, por aceptar la invitación del Señor de *“venid a comer”* y convertir lo que Él nos entrega en el lugar de identidad, de conversión permanente, de revisión constante, de proyectos y tareas de presente y de futuro. Dos cosas me impresionan especialmente de dos personas que he tenido la oportunidad de conocer. Una de ellas es la Madre Teresa de Calcuta que mandó que en todas las sacristías de sus casas estuviera escrito en un lugar que pudieran leer los sacerdotes que iban a celebrar la Eucaristía esto: *“Celebra cada Misa como tu primera Misa, como tu única Misa, como tu última Misa”*. Otra persona es el Cardenal F. X. Nguyen van Thuan que desde su propia experiencia

dijo muchas veces expresiones como ésta para dirigirse a los sacerdotes: *“al celebrar la Santa Misa nos hacemos santos porque lo hacemos in persona Christi, como in persona Christi hacemos las meditaciones, la oración, la acción de gracias, la alabanza, la oblación y la intercesión”* y concluía siempre con los efectos que produce vivir eucarísticamente, así lo tiene escrito desde una experiencia vivida por él durante trece años en la cárcel: *“la presencia de la Eucaristía cambió las cárceles; la cárcel que es lugar de venganza, de tristeza, de odio, se había convertido en lugar de amistad, de reconciliación y escuela de catecismo. ¡El Gobierno, sin saberlo, había preparado una escuela de catecismo!”*(cf. *El gozo de la esperanza* p. 25 y 26).

##### **5. Para abrir caminos de esperanza hay que tener ese coraje apostólico que nace de la comunión con el Señor y de dejarnos conquistar la vida por el Señor:**

Hay varias expresiones en el Evangelio que nos ayudan a entender como lograr tener ese coraje apostólico: *“Viene entonces Jesús, toma el pan y se lo da; de igual modo el pez...Después de haber comido dice Jesús a Simón Pedro: Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?...Le dice por tercera vez: Simón de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: ¿Me quieres? Y le dijo: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas”*(Jn 21, 13-17). Lo mismo que el Señor, también nosotros tenemos que romper todas las distancias que puedan existir entre los hombres; no por estrategia ideológica o de búsqueda de beneficios personales, sino por imperativo de la participación en la comida del Señor. Jesús desea estar a nuestro lado, pero de una manera singular y particular, cuando Él se acerca a nosotros y nos da el pan, nos está dando su vida, su ser y su manera de ser y de comportarse. Nos entrega el coraje apostólico que nace de la comunión con Él. Cuando el Papa Juan Pablo II se dirige a todos los cristianos en la Exhortación Apostólica *Novo millennio ineunte*, para poner de relieve la Eucaristía dominical, que es fundamental para la vida de la Iglesia y de todos los cristianos, dice así: *“es lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente”*. Si es así para todos, ¿qué debe ser para quienes por pura gracia actuamos *in persona Christi*?

¡Qué diálogo más maravilloso del Señor con Pedro! Aquí está también un condicionante del coraje apostólico. El diálogo es claro, a Pedro se le pregunta por su amor. El Señor no le pregunta si está arrepentido, si reconoce sus errores, si es consciente de la gravedad de las cosas. No. El Señor le pregunta por el grado de su amor. Es un amor como el que ha visto Pedro en el Señor, que lo da todo. A Pedro se le pregunta por este amor después de la Resurrección, se le pregunta precisamente cuando ha podido ver las medidas de ese amor, quizá por ello se entristece ante la repetición de la pregunta, pues se hace consciente de la mediocridad vivida hasta entonces de su amor. Ahora desde una confianza absoluta del Señor hacia él, le pide que viva con desde su mismo amor y que lo cultive en una comunión gozosa y permanente con Él. *“¿Me amas más que éstos?”, “¿Me amas?”, “¿Me quieres?”*. Aquí están las raíces también de nuestro coraje apostólico.

Las consecuencias de decidirse vivir y afrontar todo desde ese amor del Señor, están precisamente en la misión que el Señor le encomienda expresada en la triple misión: *“apacienta mis corderos”, “apacienta mis ovejas”, “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”, “apacienta mis corderos”*. Misión confiada y acogida. Misión de pastor que debe ser vivida como el mismo Señor la vivió mientras estuvo con nosotros aquí en la tierra. Es misión de conducir, donde el anuncio de Cristo debe ocupar el primer lugar, del que nosotros los sacerdotes debemos ser los primeros predicadores con la palabra y con el testimonio de vida. Hay que llevar a Cristo al corazón del hombre, como nos ha dicho el Papa en la Exhortación Apostólica *Novo millennio ineunte*, el programa *“se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer,*

*amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene en cuenta el tiempo y la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio”(NMI 29).* Este programa en el sacerdote exige a mi modo de ver tres actitudes fundamentales: 1) Reconocer nuestras incapacidades para la tarea impresionante para la que nos llama el Señor y disponer nuestra vida para que esas capacidades nos la de Él: humildad, adoración, silencio, escucha; 2) Abrirse a un diálogo abierto y sincero con el Señor, entrar en la pedagogía de la santidad; 3) Dar tiempo a Dios y no querer hacer las cosas con las medidas de nuestro tiempo, el tiempo es de Dios, por ello hay que dar tiempo a Dios.

Nuestra cultura tiene muchas cosas, vive muchas situaciones muy plurales. No hay duda que se da en nuestra cultura una grave crisis de fe. Ello nos pide a nosotros tener el coraje de ser testigos evidentes y cualificados de lo Invisible. Hemos de ser testigos del Dios que se nos ha revelado en Jesucristo. Hay que volver a hacer realidad en nuestras vidas, aquello de la Carta a los Hebreos: *“La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven...Por la fe sabemos que el universo fue formado por la Palabra de Dios...Por la fe Henoc...Por la fe Noé...Por la fe Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a donde iba...Por la fe Moisés...fijos los ojos en Jesús...fijaos en Aquél que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo”(Hb 11, 1-12,3).* Todo ello, es un don de Dios que hay que pedir insistentemente, pero en ello juega la libertad del hombre ante tal proposición de Dios de vivir en su horizonte, con su gracia y desde su amor. La fe, nos da ese horizonte amplio de esperanza que se proyecta en sus dimensiones eternas, plenas, definitivas. La fe debe ser cultivada en sus raíces, todo cristiano, pero muy especialmente todo sacerdote es testigo del Invisible, conductor del Pueblo de Dios. El coraje de la fe, tiene un alimento, se vive con audacia, se mantiene en la comunión con Jesucristo.

## **6. Con María para abrir caminos de esperanza:**

Salgamos al camino como lo hizo María. Ella llevaba a Jesús en sí misma. Así salió a visitar a su prima Isabel. Y en aquél camino se produjo algo excepcional: en el encuentro con su prima Isabel, la presencia de Dios en María hizo saltar de gozo, alegría y esperanza a Juan Bautista que iba en el vientre de María y por otra parte hizo reconocer a Isabel la felicidad que llega a la existencia humana cuando se cree, se espera y se ama en Dios. *“En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno”* y *“¡feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”(cf. Lc 1, 39-45).* Llevar a Jesucristo en nuestra vida tal y como por el ministerio sacerdotal lo podemos hacer y salir al mundo así, nos capacita para entregar la misma experiencia de María.

Os invito a realizar la misma experiencia que hace unos días, quise tener con los jóvenes de Asturias, invitándoles en la marcha de Covadonga a vivir de la mano de Santa María. Y lo hago así, porque deseo ser transmisor de esperanza con fórmulas concretas. Con la misma fórmula de provocación que el Papa Juan Pablo II nos dice a los Obispos en la Exhortación Apostólica postsinodal Pastores gregis: *“Un ministerio de esperanza no puede dejar de construir el futuro junto con aquellos a quienes está confiado el porvenir, es decir, los jóvenes. Como centinelas del mañana, esperan la aurora de un mundo nuevo...Es preciso promover una cultura vocacional en su más amplio sentido, es decir, hay que educar a los jóvenes a descubrir la vida misma como vocación”(PG 53, 54).* Precisamente por ello quiero entregaros la misma catequesis que propuse

a los jóvenes en la subida al encuentro con la Santina. Un ministerio abriendo caminos de esperanza, pasa por vivir la misma experiencia de María. Ahí os la propongo:

### **Peregrinamos desde María Catequesis en la marcha a Covadonga 2004**

Te invito a que inscribas esta peregrinación en el marco de la Encarnación desde el cual te invito a leer tu vida. Así a través de toda la historia de la vida cristiana se inscribieron las peregrinaciones a los santuarios marianos. En este marco aprendes a ser peregrino. Un peregrino que sabe que la meta es Jesucristo. Y es que así como el Hijo de Dios ha venido al mundo por mediación y participación de María, así todos los creyentes nos acercamos a Cristo y a Dios por el mismo camino, desde esa maternidad activa de María. Peregrinamos con María. Esta catequesis que hoy hacemos, pido a Nuestro Señor que te la de la misma Virgen María. Deja que la misma Santa María te diga el itinerario que debes seguir para encontrarte con el Señor. En tres cuadros voy a intentar que la Santina te hable y que sean sus palabras las que lleguen a lo más profundo de tu corazón.

**Primer cuadro: “La Anunciación”.** Recuerda la imagen del cuadro, en que el Ángel en nombre de Dios anuncia a María que va a ser Madre de Dios. El cuadro tiene cinco escenas que también tú puedes vivir hoy en el inicio mismo de la peregrinación. Te invito a que vayas un tiempo en silencio para vivir este cuadro en tu propia vida: 1) “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; 2) “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo”; 3) “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?...El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”; 4) “Porque ninguna cosa es imposible para Dios”; 5) “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”.

Desde estas escenas, te invito a que te hagas varias preguntas y a que pienses, respondiendo a lo que en cada escena se contempla. Mira lo que sucede en tu vida desde el fondo de ti mismo en esta peregrinación desde y con María.

1) También a ti hoy se acerca el Señor de la mano de María y te dice “alégrate”. Alégrate porque el Señor hoy se acerca a ti en este camino y quiere entregarte su gracia. Piensa en ello.

2) No pienses que esto no va contigo. Va contigo, pues has hallado gracia y no porque seas mejor que otros, sin embargo hoy el Señor te trajo hasta aquí. Y así como María concibió a Jesús en su seno, tú también estás llamado a dar rostro al Señor en este mundo. Tú puedes con tu vida ser pies, manos, palabra, gestos, obras del Señor en medio de los hombres. Atrévete a cambiar este mundo. Piensa en los cambios que habría que realizar.

3) Es muy probable que tengas la tentación de decir, pero si es que yo no puedo, no tengo fuerzas, no valgo, me canso, soy inconstante, poco valiente. No importa. Deja entrar la gracia del Señor en tu vida. ¿Cómo hacerlo? Vive en gracia, celebra el sacramento de la confesión frecuentemente, celebra la Eucaristía, dedica tiempo a escuchar y meditar la Palabra de Dios, mantén una asidua relación con Dios a través de la oración. Así será fácil, pues lo hará todo la fuerza y la gracia de Dios.

4) Es cierto que todos los poderes de este mundo pasan. Las fuerzas de los hombres más tarde o más temprano acaban. Pero la fuerza de Dios permanece siempre. Él puede con todo. Nada es imposible para Él. Aunque te parezcan cosas imposibles, no dudes, para Dios nada hay imposible.

5) Con todas las fuerzas de tu vida di al Señor “sí”. A un Dios que cuenta contigo para que le des rostro en medio de los hombres, que te da su gracia, su fuerza y su amor para que



esto sea posible a pesar de tus pocas fuerzas y que te dice que fíes la vida a su poder, ¿cómo no decirle siempre y a todas las horas de la vida “sí”?

**Segundo cuadro: “La Visitación”.** Recuerda la imagen del cuadro, en la que María se pone en camino para visitar a su prima Isabel. El cuadro tiene varias escenas que te recuerdo: 1) “En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá”; 2) “Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel”; 3) “Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno”; 4) “Isabel...dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno”; 5) “¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?”; 6) “¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”.

¡Qué escenas más maravillosas! ¡Qué fuerza expresiva tienen para nuestra vida! Es bueno que ante cada escena tengas la posibilidad de pensar, meditar y preguntarte sobre cuestiones que son fundamentales en tu vida, pues no es lo mismo plantearse la vida al margen de la fe en Jesucristo, que contando en la vida con el Señor.

1) Lo mismo que María, tú también te has puesto en marcha, en peregrinación. María tenía un motivo grande para hacerlo, ver a su prima Isabel y hacerla experimentar la cercanía de Dios a su vida. Tuvo que hacer un camino difícil, era una región montañosa. Tú también tienes un camino difícil, la región que tienes que atravesar es este momento histórico que nos toca vivir, con sus valores, con falta de algunos fundamentales, con contradicciones grandes, con desesperanza. Piensa por el camino las dificultades que tienes para creer y lanzarte como María en el camino de la vida confiando en Dios.

2) Tú también como María entra en conversación con alguien, el que esté más cerca de ti en la marcha. Vamos a tener de dos en dos una conversación sobre nuestra fe y nuestro seguimiento del Señor mientras vamos de camino.

3) A los hombres y a las mujeres de Dios se los percibe en el camino de la vida. Isabel sintió la presencia de María de una manera especial, pues llevaba a Dios en su seno. Sigue la conversación por el camino con quien la comenzaste o con otra persona que esté al lado y habla de los hombres y mujeres de Dios que habéis conocido o de cómo deben ser o cómo estás dispuesto a ser y a vivir para que a través de tu vida se sienta en este mundo la presencia de Dios.

4) Reza con quien va a tu lado el Ave María y después medita y conversad sobre esa expresión “bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”.

5) ¿Qué has realizado en tu vida, para que María esté tan cerca de ti? Simplemente que Dios quiere contar contigo. ¿Qué hemos hecho de especial en Asturias para que María, la Santina, haya plantado su presencia tan cerca de nosotros? Es una gracia y una responsabilidad. Hazte esta pregunta, ¿para qué y cómo querrá el Señor contar conmigo? Responde a la misma de la mano de la Santina.

6) Esta sexta escena, la meditas ya en la cueva de Covadonga. Allí en presencia de la Santina y mirandola a Ella, dí con ella “aquí estoy Señor”, “hágase en mí según tu Palabra”. Y entonces entenderás por qué esa expresión de Isabel, “feliz la que ha creído en el Señor”. Junto a María cree, fíate del Señor, entrégale la vida, di con todas tus fuerzas al Señor “sí”.

**Tercer cuadro: Visita la casa de San Pedro Poveda y Castroverde y reza a su puerta el Credo.** Visita la estancia de un hombre que supo vivir con todas las consecuencias del Credo y que entregó hasta su propia vida por ser testigo de Jesucristo. Me refiero a San Pedro Poveda y Castroverde, sacerdote que vivió aquí en Covadonga y que se dejó guiar por la Santina en toda su vida. Baja hasta la puerta de su casa, “la casina” y reza el Credo de la mano de María como él lo hizo.

**Cuarto cuadro: lo que dijo María en la boda de Caná.** Imagínate y vive la escena en que María en las bodas de Caná dice a los que preparaban el banquete, “haced lo que Él os diga”. Pero para ello, vas a seguir haciendo la peregrinación en su etapa final. Vete a la Basílica y como María visita al Señor donde está realmente presente, en la capilla del Santísimo, en el Sagrario de la Basílica. Allí de labios de la Santina, escucha: “haced lo que Él os diga”. Piensa, medita, escucha atentamente lo que el Señor realmente presente en el Misterio de la Eucaristía te dice.

Con gran afecto te bendice

En la Misa Crismal del año 2004